

Jordi Canal

Vida y violencia
Élmer Mendoza y los espacios
de la novela negra en México

Epílogo de Élmer Mendoza

Índice

Prefacio. Elogio del flechazo	11
I. <i>Noir</i>	25
II. Culiacán, centro del mundo.....	105
III. ¿Quién dijo odio los grupos con nombre de fieras?.....	183
Epílogo. Espero no ser oportuno. <i>Élmer Mendoza</i>	241
Bibliografía.....	247

Prefacio.

Elogio del flechazo

De prisa, muerte
que estoy a punto de sucumbir
ante la vida.

Jean Turpy, «S.O.S.»
Escombros, 1994

Muchas personas no creen en los flechazos. Yo sí. La experiencia me ha demostrado que existen en todos los órdenes de la vida. De hecho, este pequeño libro es el producto final de un doble flechazo: uno es de tipo geográfico-cultural; el otro, claramente literario. El primero es por un país, México, y por una ciudad, Culiacán, en los que, como reza una socorrida frase, he llegado a sentirme como en mi propia casa. Cuando allá viajo, tengo la sensación de no ir simplemente, sino de regresar. Estoy convencido de que nunca podré dejar de contemplar con manifiesto embeleso el inmenso valle de México desde el aire, antes de aterrizar o después de despegar. De noche, sobre todo, este «lago de luces palpitantes», como lo nombrara Gonzalo Celorio en *México, ciudad de papel* (1997), es una vista magnífica, estupefaciente, preludeo de otras muchas que están por llegar o epílogo de otras que han sido ya disfrutadas.

Pisé México por vez primera en septiembre de 2003. Me habían invitado a un congreso en Guadalajara en homenaje a un añorado historiador, François-Xavier Guerra, preparado por sus discípulas Annick Lempérière y Elisa Cárdenas. Aproveché también para participar

en unas jornadas en el Instituto Mora y estar unos pocos días en Ciudad de México. Me alojé, como casi siempre en estancias posteriores en la capital, en el Hotel Diplomático, en Insurgentes, al lado del Parque Hundido. Desde entonces he estado en distintas partes de México casi todos los años, a veces hasta dos o tres veces el mismo año. Además del par de ciudades citadas y sus alrededores, recuerdo con especial cariño Guanajuato, Mazatlán, Culiacán y San Cristóbal de Las Casas, con una visita a Palenque y un paseo en barca con el gran antropólogo Andrés Fábregas por el cañón del Sumidero. También Veracruz y Xalapa —con Celia del Palacio y Alberto Olvera, una noche asistí a una inolvidable interpretación de *La bruja* en un local de la ciudad por parte del grupo de son jarocho Sónex—, Zacatecas, La Paz o Tijuana, con excursiones mareantes a La Rumorosa y vínicas al valle de Guadalupe, previa degustación al lado del mar de unas típicas y exquisitas langostas con frijoles, arroz y tortillas.

Hice mi particular descubrimiento de la ciudad de Culiacán en marzo de 2010, cuando Mayra Lizzete Vidales, a propuesta de Sergio Arturo Sánchez Parra, que había asistido a un seminario mío en Guadalajara, me invitó a impartir un curso en la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS). Era México, otro México en realidad, aunque igual y poderosamente fascinante. Me prendé con facilidad de la ciudad y de su gente, tan amable y generosa, así como del dinámico ambiente cultural y de la comida del Pacífico, en especial los camarones y los callos de hacha —y, sin duda, de las Pacífico heladas, en botellín o en la convivialidad del tamaño ballena—. En la UAS, en particular, he encontrado siempre un marco intelectual vivo y curioso, formado por docentes y estudiantes abiertos al debate y a la dignificación del cono-

cimiento. La costera Mazatlán conforma un valioso contrapunto de la capital estatal. Si la primera vez que viajé a tierras mexicanas no faltó quien me susurrara al oído que debía ir con mucho cuidado, puesto que allí te asesinaban en cualquier esquina, tanto mi estancia inicial en Sinaloa como las siguientes hicieron que algunas personas, en Europa, pero también entre mis colegas chilangos, me tomaran por alocado o, como mínimo, insensatamente imprudente. Los prejuicios sobre el noroeste estaban y están muy arraigados, vinculados siempre con el narco y la violencia. No soy ingenuo. Ambas cosas resultan innegables —la lectura matutina de los periódicos locales no deja ningún lugar a dudas—, pero responden solamente a una parte de la realidad. Coexisten con una sociedad abierta y acogedora. Con una ciudad, en el caso de Culiacán, llena de vida.

El segundo de mis flechazos es por la obra literaria de Élmer Mendoza. Tengo por costumbre, desde hace tiempo, asociar mis viajes con lecturas, en esencia de novelas, como vía de descubrimiento, comprensión y placer. Cada lectura es, por supuesto, un viaje; pero cada viaje está constituido, asimismo, por una o varias lecturas. Algunas ciudades o territorios aparecen inexorablemente asociados, en mi particular visión del mundo, a libros y autores: Lisboa, *Os Maias* de José Maria Eça de Queirós y la alucinación de Antonio Tabucchi en *Requiem*; Madrid y Benito Pérez Galdós; Ciudad de México y la magnífica novela *Y retiemble en sus centros la tierra* de Gonzalo Celorio, con el paseo por las calles del centro de la vieja metrópoli —y sus cantinas— de la mano del profesor Juan Manuel Barrientos; Nicaragua y Costa Rica y los cuentos, novelas y artículos de Sergio Ramírez; Guatemala, El Salvador y Horacio Castellanos Moya; Lima y la novelística de Fernando Ampuero;

Salvador de Bahía y Jorge Amado —de *Suor a Capitães da areia*—, además del sertón bahiano, impensable sin Euclides da Cunha y Mario Vargas Llosa; Argentina, Juan José Saer, Guillermo Saccomanno y Tomás Eloy Martínez. Las ciudades, regiones y países de papel constituyen maravillosas compañías para una vida supestandamente real. Incluso resultan ideales para habitar lugares en los que nunca hemos puesto los pies. Mi Habana no es hoy otra, por ejemplo, que la diseñada por Leonardo Padura.

Cuando llegué a México en 2003, ya había leído a algunos de los clásicos o aspirantes a serlo: a Juan Rulfo, a Fernando del Paso y las *Noticias del Imperio*, a Carlos Fuentes. De este último devoré también, ya en Ciudad de México, *Los años con Laura Díaz*. Estando en Guadalajara, Elisa Cárdenas me recomendó la citada novela *Y retiemble en sus centros la tierra* de Gonzalo Celorio que, desde entonces, me ha acompañado siempre en mis paseos por el centro de Ciudad de México, aprovechando para recorrer las librerías de viejo de la calle Donceles o para comer chapulines y mole en la Hostería de Santo Domingo. Mi descubrimiento de Élmer Mendoza tuvo lugar en tierras mexicanas. No fue en mi estancia de 2003, sino algo más adelante. El primero de sus libros al que me acerqué fue *El amante de Janis Joplin*, que me impresionó por la fuerza de la escritura y por el tema y, asimismo, me intrigó por su particular uso del lenguaje. Desde entonces me convertí en un fiel lector de todas sus novelas y libros de cuentos. La mezcla de fino humor y abierto sarcasmo, así como la voluntad de no ceder a la fácil tentación de los juicios morales ni de avanzar conclusiones simples, me encandilan. Cuando llegué a Culiacán, en 2010, mi interés por la obra de Élmer Mendoza se redobló. La ciudad real, o